

different clothes



ANA COBOS CEDILLO
PRESIDENTA DE COPOE
ORIENTADORA IES BEN GABIROL MÁLAGA
PROFESORA UNIVERSIDAD DE MÁLAGA
presidencia@copoe.org

El tiempo
que noche y día se va
sin tomar reposo
sin quedarse
que huye con paso tan furtivo
que parece pararse
inmóvil en un mismo punto
pero que de moverse no cesa.
De modo que concebir no se puede
qué sea el tiempo presente
pues antes de pensado,
ya se ha ido.

Hace ya muchos años, en los ochenta del siglo XX, siendo yo estudiante universitaria pasé a una galería de arte a ver una exposición de pintura y me encontré con este poema anónimo titulado “Romance de la rosa”. No recuerdo exactamente su fecha. Creo que data del siglo XVI. Sin embargo, no sé cómo lo memoricé por entero y aún lo recuerdo. Me pregunto si cuando la ancianidad quiera que pierda la memoria y olvide todo (incluso la orientación aunque ahora me parezca imposible) seguiré recordando este poema y la letra de las coplas junto a olores y tactos incrustados en algún lugar de la memoria que seguro tiene un hilo directo con el corazón, un vaso comunicante, un hilo rojo o algo así.

En estos momentos de confinamiento todos estamos reflexionando más, lo sé por mí y por las muchas personas con las que hablo, largas conversaciones telefónicas donde damos vueltas a muchos temas que normalmente no salían a debate desde hace años.

Uno de los asuntos de los que más hablamos es so-

bre la percepción del tiempo, de ahí que comience este artículo con este poema. Antes de que llegara el confinamiento, nuestro ritmo de vida era rápido, muy rápido. El presente se vivía como volátil pues el pensamiento se situaba en el futuro a modo de planes y proyectos. La cabeza estaba en el mañana y el cuerpo apenas se enteraba de que estaba en el hoy. En cierto modo lo verbalizábamos al reconocer que los años pasaban muy rápido y casi sin darnos cuenta, algo así como una forma alígera, como un vivir de puntillas. Hasta tal punto teníamos conciencia de esta percepción que precisamente disfrutábamos más del momento cuando conseguíamos pararlo, cuando adrede decidíamos “parar” y disfrutar de esa caña con los amigos, de ese concierto concentrados, de esa caricia del sol en la piel tan sensual o de ese encuentro amoroso o sexual donde nos olvidábamos de todo, repito, de todo. Teníamos conciencia de que estábamos viviendo muy deprisa, a un ritmo deshumanizado, mucho más rápido del que marca la naturaleza para una vida saludable. Y esto lo sabíamos porque podíamos distinguir los momentos de nuestra vida por sus ritmos y por la conciencia de estar o no estar en el presente, pues difícilmente estábamos igual de presentes con esa pareja sexual que en esa reunión de trabajo, por ejemplo.

Sin embargo llega el coronavirus a nuestro mundo y todo se para bruscamente. La situación nos obliga a detenernos en seco y nos damos cuenta de que solo tenemos el tiempo presente, lo que nos obliga a vivir de otra manera, pues “antes de pensado ya se ha ido”.

Pensábamos antes que no podríamos parar, que teníamos muchas obligaciones y urgencias que atender pero las circunstancias nos demuestran que ni eran tan urgentes, ni tan importantes.

Una crisis significa un momento convulso, de cambio y siempre que estemos dispuestos a cambiar para mejorar, una situación como esta puede ense-

ñarnos a priorizar las cosas por su valor en cuanto al enriquecimiento de lo humano. Y en esta escala poner siempre en primer puesto la salud física y emocional propia y de los que queremos, es decir para los afectos, para el amor.

Estamos aprendiendo que cuidando de nosotros mismos y de los demás hacemos un trabajo de equipo. Sentimos que formamos parte de una red de redes que se unen por el hilo rojo del amor y de la que no podemos salirnos porque todos somos importantes. Parece que sí, que interiorizamos el mensaje. Sin embargo, dudo de si realmente constituirá un aprendizaje estructural en nuestro mundo, más allá de lo que suponga esta coyuntura.

Soy escéptica en eso de que después del coronavirus “todo va a cambiar” que afirman algunos. Sinceramente no lo creo. Son muchas las referencias que encontrarnos en la historia que así lo demuestran. En repetidas ocasiones los seres humanos han ocasionado la barbarie y después de conocida y sufrida, la han olvidado y vuelto a generar. Es algo inherente a la condición humana, olvidar lo feo, lo negativo, el dolor y el sufrimiento para seguir adelante, dicho de otro modo, el olvido es una necesidad de los humanos para la supervivencia.

Olvidaremos de estos días la sensación de encierro, la austeridad y este nuevo modo de vida cuyo espacio se circunscribe a las paredes de nuestra casa. Olvidaremos el aplauso de las ocho, la música en los balcones y las horas al teléfono deambulando por los pasillos...

Desgraciadamente otros no podrán olvidar estos momentos por la pérdida de sus seres queridos, el miedo a la enfermedad, al dolor y la muerte. Sin embargo, si olvidamos todo y no aprendemos de esta circunstancia, nada de lo esencial cambiará y todo esfuerzo habrá sido únicamente coyuntural, para superar la crisis y desperdiciaremos esta oportunidad de crecer como personas. Sería imperdonable

dejar pasar esta magnífica ocasión para aprender sobre nuestra propia condición humana, que si bien necesita del olvido para la supervivencia, también requiere de la unión, del equipo y de los lazos del amor para sobrevivir.

De esta experiencia debemos aprender a cuidarnos y a cuidar de nuestros entornos sociales y naturales, preservando la higiene porque los humanos somos unos animalitos como los demás, no todopoderosos y que pueden ser tan vulnerables al medio como el resto de los mortales incluidos flora y fauna. Debemos aprender a humanizarnos más dentro de nuestro contexto natural y a respetar las leyes de la naturaleza que, por ejemplo quiso que tomásemos naranjas en invierno para que su vitamina nos protegiera de los resfriados y que consumiésemos frutas para refrescarnos en verano. Deberíamos recordar que nuestro organismo está diseñado para desplazarse andando o corriendo y nuestra naturaleza obliga a que se mueva cada día para mantener la salud y desde esta idea plantearnos si la velocidad con la que nos desplazamos por el planeta cuando volamos en dirección contraria a la rotación de la Tierra, no será también un contranatura o un contradios....

De esta crisis debemos aprender que el ritmo que marca la naturaleza para que encontremos el bienestar es un ritmo más lento, más pausado, más acorde con la naturaleza, con la lenta velocidad con la que vemos salir el sol cada día, “al alba”, por el horizonte del mar. Un ritmo “slowly” como nos cantó Luis Eduardo Aute, al que recientemente hemos perdido en tiempos de coronavirus, un ritmo de siesta a “las cuatro y diez”, una lentitud para el disfrute, para el saboreo, para estar y “estar” en el presente con “dos o tres segundos de ternura”, para el cuidado de “la belleza”, o con amor como dijo Aute, “la locura que todo lo cura”.